

Isaac Deutscher

## Marx, Engels y Rusia <sup>1</sup>

Las actitudes de Marx y Engels hacia Rusia, y sus opiniones sobre las perspectivas de revolución rusa, constituyen un tema curioso en la historia del socialismo. ¿Tuvieron los fundadores del socialismo científico alguna premonición del gran levantamiento ruso que iba a ser realizado bajo el signo del marxismo? ¿Qué resultados esperaban de los desarrollos sociales en el interior del imperio de los zares? ¿Cómo concebían la relación entre la Rusia revolucionaria y el Occidente? Ahora se puede dar una respuesta más completa a esas preguntas sobre la base de la correspondencia entre Marx, Engels y sus contemporáneos rusos, publicada el año último por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú. Esa correspondencia cubre aproximadamente medio siglo. Se abre con las famosas cartas de Marx a Anenkov, en 1846. Se cierra con la correspondencia entre Engels y sus amigos rusos en 1895. El volumen contiene también unas cincuenta cartas publicadas por primera vez.

Entre los rusos que tuvieron contacto con Marx y Engels había hombres y mujeres pertenecientes a tres generaciones de revolucionarios. En la década de 1840 el movimiento revolucionario en Rusia tenía un carácter casi exclusivamente intelectual y liberal. No estaba basado en ninguna clase social o fuerza popular. A esa época pertenecen los primeros corresponsales de Marx: Anenkov, Sazonov y unos pocos más. Marx les explicaba su filosofía y sus ideas económicas, pero no hablaba nada de revolución en Rusia. Era demasiado pronto para eso. Hablando claramente, en aquellos años Rusia era para Marx todavía sinónimo de zarismo, y el zarismo era el odiado "gendarme de la reacción europea". La principal preocupación de Marx y de Engels era levantar a Europa contra aquel gendarme, porque creían que una guerra europea contra Rusia aceleraría el progreso del Occidente hacia el socialismo.

En la década de 1860 llegó al primer plano otra generación de revolucionarios rusos. Eran los *narodniki*, o populistas, o socialistas agrarios. De un modo bastante curioso, fue con los intelectuales rusos de aquella escuela, que abogaban por un puro socialismo campesino, con los que los dos fundadores del socialismo occidental, estrictamente proletario, establecieron los más estrechos vínculos de amistad. Rusia no poseía aún industria, ni una moderna clase de trabajadores, ni casi burguesía. Los intelectuales y los campesinos constituían dentro de Rusia las únicas fuerzas a que podían mirar los dos enemigos jurados del zarismo. También había, desde luego, el anarquismo de Bakunin. Marx primeramente cooperó con Bakunin, y luego se peleó con él. Pero no voy a tratar de esa controversia, de la que sólo aparecen referencias casuales en la correspondencia que estamos examinando. Ante Marx, dicho sea incidentalmente, el papel de Bakunin era más el de portavoz de los anarquistas italianos, suizos y españoles, que el de revolucionario ruso.

Los *narodniki* en Rusia y en el exilio respondieron ardientemente a las teorías de Marx y Engels. El ruso fue la primera lengua a que se tradujo *El capital*. Basada en la economía clásica inglesa y en la filosofía alemana, y en un completo estudio del capitalismo industrial de occidente, la gran obra de Marx no parecía tener relación directa con las condiciones sociales que prevalecían en Rusia. Y, no obstante, desde el primer momento, cuando aún no hacía la menor impresión en el público de la Europa occidental, *El capital* ejerció una enorme influencia entre los intelectuales rusos. Su traductor, Danielson, que era un destacado economista narodnik, escribió a Marx que el censor ruso autorizaba el libro, creyéndolo demasiado estrictamente científico para tener que ser prohibido. En todo caso, pensaba el censor, el libro era demasiado pesado de lectura para poder

---

<sup>1</sup> B.B.C., charla del "Tercer programa", noviembre de 1948.

tener la menor influencia subversiva. Le asustaba más la portada de la edición rusa, con el retrato de Marx, y, mientras permitía que las ideas de Marx llegasen al público ruso, confiscó el retrato. Algunos años más tarde el censor ruso autorizó también el segundo volumen de *El capital*, aun cuando poco antes había secuestrado una edición rusa de las obras del buen viejo Adam Smith. Novecientos ejemplares de *El capital* se vendieron en San Petersburgo en unas semanas, después de su publicación en 1872, un número muy elevado si se considera el carácter del libro, la época y el lugar. Pero incluso antes de eso, Marx recibió una notable prueba del extraño entusiasmo ruso por sus ideas cuando, en marzo de 1870, un grupo de revolucionarios rusos le pidió que representase a Rusia en el Consejo general de la Primera Internacional.

Marx quedó ligeramente perplejo ante aquel inesperado entusiasmo ruso; "una cómica posición para mí", escribió a Engels, "¡funcionar como representante de la joven Rusia! Un hombre nunca sabe a lo que puede llegar, o a qué extraña amistad puede tener que someterse". Pero la diversión irónica era sólo una parte, quizá la menos esencial, de la reacción de Marx a la admiración rusa. Su mente estaba muy interesada por Rusia como fenómeno social. A la edad de cincuenta años, él y Engels empezaron a estudiar ruso. Seguían el desarrollo de la literatura rusa, y devoraban volumen tras volumen de estadísticas y sociología rusas. Marx pensó incluso en reescribir una parte de *El capital* para basarlo en sus descubrimientos rusos, una intención que no llegó a llevar a la práctica. Aunque el sentirse divertidos ante algunas excentricidades rusas siguió dándose en sus reacciones, tanto Marx como Engels adquirieron un profundo respeto por los logros intelectuales rusos. Chernichevski, que por entonces cumplía su condena de trabajos forzados en Siberia, impresionó a Marx como el más original pensador y economista contemporáneo. Marx planeó levantar protestas en la Europa occidental contra el trato dado a Chernichevski, pero los amigos de éste temieron que las protestas y la interferencia extranjera hiciesen más mal que bien al gran convicto. Dobroliubov, que había muerto a la edad de veinticinco años, fue otro pensador muy valorado por Marx, como "escritor de la talla de un Lessing o un Diderot". Finalmente, en 1884, Engels escribió a la señora Papritz, una cantante rusa, y traductora de Engels:

"Nosotros dos, Marx y yo mismo, no podemos quejarnos de sus compatriotas. Si en algunos grupos había más confusión revolucionaria que investigación científica, había también, por otra parte, pensamiento crítico e investigación desinteresada en el campo de la pura teoría, dignos de la nación de Dobroliubov y Chernichevski ... Pienso no solamente en los socialistas revolucionarios activos, sino también en la escuela histórica y crítica de la literatura rusa, que es infinitamente superior a todo lo logrado por respetables historiadores de Alemania y Francia."

Pero el tema principal de la correspondencia era el camino de Rusia hacia el socialismo. En Occidente la industrialización capitalista, según Marx y Engels, estaba preparando el terreno al socialismo. La clase obrera industrial era la principal fuerza interesada en el socialismo. Pero ¿qué decir de Rusia, donde la industria capitalista no había ni siquiera empezado a echar raíces? Los *narodniki* argumentaban que el socialismo ruso se basaría en la primitiva comuna rural, u *obschina*, que había existido junto al feudalismo. Incluso después de la emancipación de los siervos, en 1861, la tierra campesina era todavía propiedad de la comunidad rural, precursora en algunos aspectos del actual koljós ruso. Rusia, decían los *narodniki*, no necesitaba pasar por las pruebas y tribulaciones del industrialismo capitalista para alcanzar el socialismo. Podía encontrarlo en su tradición rural nativa, a la que solamente necesitaba depurar de sus restos de feudalismo. Ése era, pues, el camino de Rusia hacia el socialismo, muy diferente del que se esperaba que recorriese la Europa occidental.

La mayoría de los *narodniki*, aunque no todos, eran eslavófilos, y creían en la peculiar misión socialista de Rusia. Marx, como sabemos, rechazaba el eslavofilismo, y nada le enfurecía más que la palabrería sobre la misión socialista de Rusia. Él no creía, dijo una vez, que la vieja Europa

necesitara ser rejuvenecida por la sangre rusa. Pero, a pesar de ello, compartía algunas de las esperanzas que los *narodniki* ponían en la primitiva comuna rural rusa. Ahí, decía en una famosa carta a un periódico ruso en 1877, estaba "la más bella oportunidad ofrecida jamás por la historia a una nación", la oportunidad de escapar del capitalismo y pasar directamente del feudalismo al socialismo. Es verdad que Marx añadía importantes cualificaciones: la comuna rural había empezado a desintegrarse, y si ese proceso continuaba Rusia perdería su "más bella oportunidad". Además, un estímulo del exterior, la transformación socialista de la Europa occidental, se necesitaba para hacer posible la edificación del socialismo ruso sobre la comuna rural. A ojos de Marx, a la Europa occidental le correspondía la revolución socialista por derecho de nacimiento, mientras que el papel de Rusia sólo podría ser secundario. Sin embargo, Rusia podría seguir su más corto atajo hacia el socialismo.

Marx y Engels simpatizaban también con el terrorismo de los *narodniki*, con sus atentados contra la vida del zar y sus sátrapas. Cuando, en 1881, unos revolucionarios asesinaron al zar Alejandro II, Marx y Engels aplaudieron la hazaña. En un mensaje a una reunión rusa en la que se conmemoraba el décimo aniversario de la comuna de París, expresaban la esperanza de que el asesinato del zar presagiase "la formación de una comuna rusa". Alcanzamos aquí el punto más dramático de toda la correspondencia. En los días del asesinato de Alejandro II una nueva generación de revolucionarios, los primeros verdaderos marxistas rusos, había entrado en la política. Sus principales portavoces eran Jorge Plejanov, Vera Zasulich y Pablo Axelrod, los futuros fundadores de la socialdemocracia rusa. Esos primeros marxistas rusos eran duramente opuestos a los *narodniki*, precisamente en aquellos puntos en que Marx y Engels les habían apoyado. Los jóvenes marxistas se oponían al terrorismo. Plejanov en particular había visto el asesinato premeditado del zar como una aventura insensata. Él creía que la tarea de los revolucionarios rusos consistía en abolir el sistema autocrático, no en matar a un autócrata. Los marxistas rusos creían además que, como la Europa occidental, Rusia tenía que pasar por la industrialización capitalista y por la experiencia del autogobierno democrático antes de poder empezar siquiera a evolucionar en la dirección del socialismo. Sostenían que la comuna rural era irreversiblemente desintegradora y no servía al socialismo. Ponían sus esperanzas no en los campesinos, sino en los obreros industriales, clase que entonces empezaba a desarrollarse; no en el socialismo agrario, sino en el proletario.

Pero *narodniki* y marxistas citaban como autoridad *El capital*. Los marxistas tenían razón en esperar que los dos grandes socialistas alemanes convendrían con ellos en que Rusia estaba destinada a pasar por la misma evolución por la que había pasado la Europa occidental. Podemos, pues, imaginar su desilusión cuando el propio Marx les trataba con frialdad. En una carta a Vera Zasulich, de 1881, Marx les decía que no tenían por qué citar *El capital* contra los *narodniki* y la comuna rural, porque en dicha obra él había analizado solamente la estructura social de la Europa occidental, y era muy posible que Rusia evolucionase hacia el socialismo por su propio camino. Marx admitía que la comuna rural había empezado a decaer, pero aún suscribía la opinión de los *narodniki* de que la comuna tenía un gran futuro. Y tampoco impresionaban a Marx los indignados argumentos contra el terrorismo narodnik, aunque lo veía como "un método específicamente ruso e históricamente inevitable, a propósito del cual no hay razón alguna ... para moralizar, ni a favor ni en contra". Desde luego, él no admitiría un terrorismo así en la Europa occidental.

En 1883 murió Marx, y Engels prosiguió la correspondencia. Los marxistas rusos trataron de convertir a su propio punto de vista al padre fundador superviviente de la escuela marxista. Al principio no tuvieron éxito. Engels persistía en la esperanza de que los atentados terroristas *narodniki* conducirían al derrocamiento del zarismo. En 1884 y 1885 esperaba cambios políticos

dramáticos en el interior de Rusia. Rusia, escribía Engels, estaba aproximándose a su 1789. Recordando el asesinato del zar, a los cuatro años del suceso, dijo que era "uno de los casos excepcionales en que un puñado de hombres podían hacer una revolución", opinión de la que los jóvenes marxistas rusos, que esperaban la revolución de una clase social, y no de un "puñado de hombres", se habían ya burlado como de una peligrosa ilusión. "Ahora, cada mes que pase — escribía Engels a Vera Zasulich en 1884 deben agravarse las dificultades internas de Rusia. Si algún gran duque valeroso y de mentalidad constitucional apareciera ahora, incluso las clases superiores de Rusia encontrarían que una revolución de palacio sería la mejor salida del callejón." Podemos imaginar la sonrisa irónica con que Plejanov y Zasulich tratarían de desilusionarle, aun sin conseguirlo. Sabemos ahora que en esa controversia eran los marxistas rusos, y no Marx y Engels, los que tenían razón, si hay que juzgar por los acontecimientos. El asesinato de Alejandro II tuvo de hecho como consecuencia la desintegración y desmoralización del movimiento narodnik, y un prolongado período de reacción. La fría actitud de Marx y Engels hacia sus seguidores rusos era intelectualmente inconsecuente; pero era comprensible y muy humana. Los *narodniki* habían sido amigos íntimos y admirados de Marx, los primeros en alzar la bandera de la revolución popular, los primeros en responder, a su manera eslava, al marxismo. Las opiniones de los *narodniki* habían quedado anticuadas, pero una vieja lealtad y, sin duda, su alejamiento de la escena rusa, impidieron a Marx y Engels advertirlo con la viveza con que lo advirtieron sus jóvenes discípulos rusos.

Sólo al comenzar la última década del siglo, hacia el final de su vida, reconoció Engels que Plejanov y Zasulich habían tenido razón, que la comuna rural estaba sentenciada, que el capitalismo estaba invadiendo Rusia, y que la rama agraria del socialismo tenía que ceder el paso a la rama industrial. Engels intentó imprimir sus nuevas opiniones en los viejos *narodniki*, especialmente en Danielson, el traductor de *El capital*. La lectura de las cartas cruzadas entre Danielson y Engels produce un efecto melancólico. Danielson desahogaba su decepción por la nueva actitud de Engels. Describía muy elocuentemente los males del capitalismo en Rusia, sugiriendo que, con su insistencia en la necesidad de que Rusia atravesara la fase capitalista, el marxismo estaba haciendo de *advocatus diaboli*. Recordaba a Engels la mucha importancia que Marx había dado a la comuna rural rusa. Engels argumentaba en réplica, con seriedad, paciencia y dulzura, que habían tenido lugar nuevos procesos sociales, que en ese tiempo la comuna rural había llegado a formar parte de un "pasado muerto", y que aunque los males del capitalismo fuesen tan grandes Rusia, desgraciadamente, no podía escapar a ellos. "La historia — decía Engels — es la más cruel de las diosas. Conduce su carro triunfal sobre montones de cadáveres, no solamente durante la guerra, sino también en tiempos de 'pacífico' desarrollo económico."

Había en esas palabras una referencia a la desastrosa sequía y hambre de 1891 en Rusia, por la que Danielson había culpado a la desorganización del capitalismo incipiente en la agricultura. La comuna rural, continuaba Engels, habría podido ser la base del socialismo ruso si en el Occidente industrial el socialismo hubiese triunfado "hace unos diez o veinte años. Desgraciadamente, nosotros [es decir, el Occidente] hemos sido demasiado lentos". ¿Cuáles eran los síntomas? La pérdida por Inglaterra de su monopolio industrial, la competencia industrial entre Francia, Alemania e Inglaterra. "América — escribía Engels en 1893 — promete desalojarlos a todos de los mercados del mundo... Es seguro que la introducción de una, al menos relativa, política de libre comercio en los Estados Unidos completará la ruina de la posición industrial de Inglaterra, y destruirá, al mismo tiempo, el comercio de exportación industrial de Alemania y Francia; entonces tendrá que sobrevenir la crisis..." Mientras tanto, el capitalismo seguía dominando en Occidente, y también Rusia tenía que entrar en su órbita. Ese retraso en la marcha del socialismo era lamentable, pero, decía Engels, "nosotros... somos, desgraciadamente, tan estúpidos que nun-

ca sabemos cobrar ánimos para un verdadero progreso a menos que nos empujen a ello sufrimientos que parecen casi desproporcionados” al fin que hay que alcanzar.

Ahora es fácil ver que en aquella controversia ambas partes estaban acertadas y equivocadas al mismo tiempo. Engels, convertido a la opinión de sus jóvenes discípulos rusos, tenía desde luego razón al decir que Rusia no podía evitar convertirse en capitalista. Pero Danielson, el viejo *narodnik*, tenía también razón al insistir en que el capitalismo ruso tendría pocas posibilidades de desarrollo, porque la terrible pobreza de los campesinos rusos limitaría a un mínimo el mercado interior, y porque Rusia era demasiado débil para competir con otras naciones en los mercados extranjeros. Fue precisamente 'esa debilidad del capitalismo en Rusia, una debilidad no claramente vista ni por Engels ni por los primeros marxistas rusos, lo que condujo en última instancia a la revolución bolchevique de 1917. Esa debilidad era lo que iba a hacer de Rusia, en palabras de Lenin, "el eslabón más débil en la cadena del capitalismo".

No obstante, Engels tuvo una fuerte premonición de la próxima revolución rusa. Afirmó repetidamente que Rusia era "la Francia de la nueva era". Casi en su lecho de muerte, en 1895, contempló los primeros pasos del nuevo, y último, zar ruso Nicolás II, y, en una carta a Plejanov, profetizó: "Si el demonio de la revolución tiene agarrado a alguien por el cuello, ése es el zar Nicolás II". Pero lo que Engels esperaba que ocurriera en Rusia era "otro 1789", otra revolución burguesa, antifeudal, no una revolución socialista.

Incluso hacia el final de su vida, cuando ya se había separado intelectualmente de los *narodniki*, Engels se negaba aún a criticarles en público. Plejanov y Zasulich le instaron repetidamente a hacerlo, fomentando así la causa del marxismo ruso; pero Engels, con un cierto tono de excusa, explicaba a Plejanov su actitud extremadamente delicada hacia los viejos *narodniki*:

"Es enteramente imposible argumentar con los rusos de esa generación ... que creen aún en la misión espontáneamente comunista que se supone que distingue a Rusia, la verdadera Rusia santa, de todos los demás países infieles ... Incidentalmente, en un país como el vuestro ... rodeado por una más o menos sólida muralla de China intelectual, levantada por el despotismo, no hay que sorprenderse de la aparición de las más increíbles y curiosas combinaciones de ideas."

Con esa nota de casi apenada comprensión de las limitaciones de sus viejos amigos *narodniki* llega a su final la correspondencia de Engels.